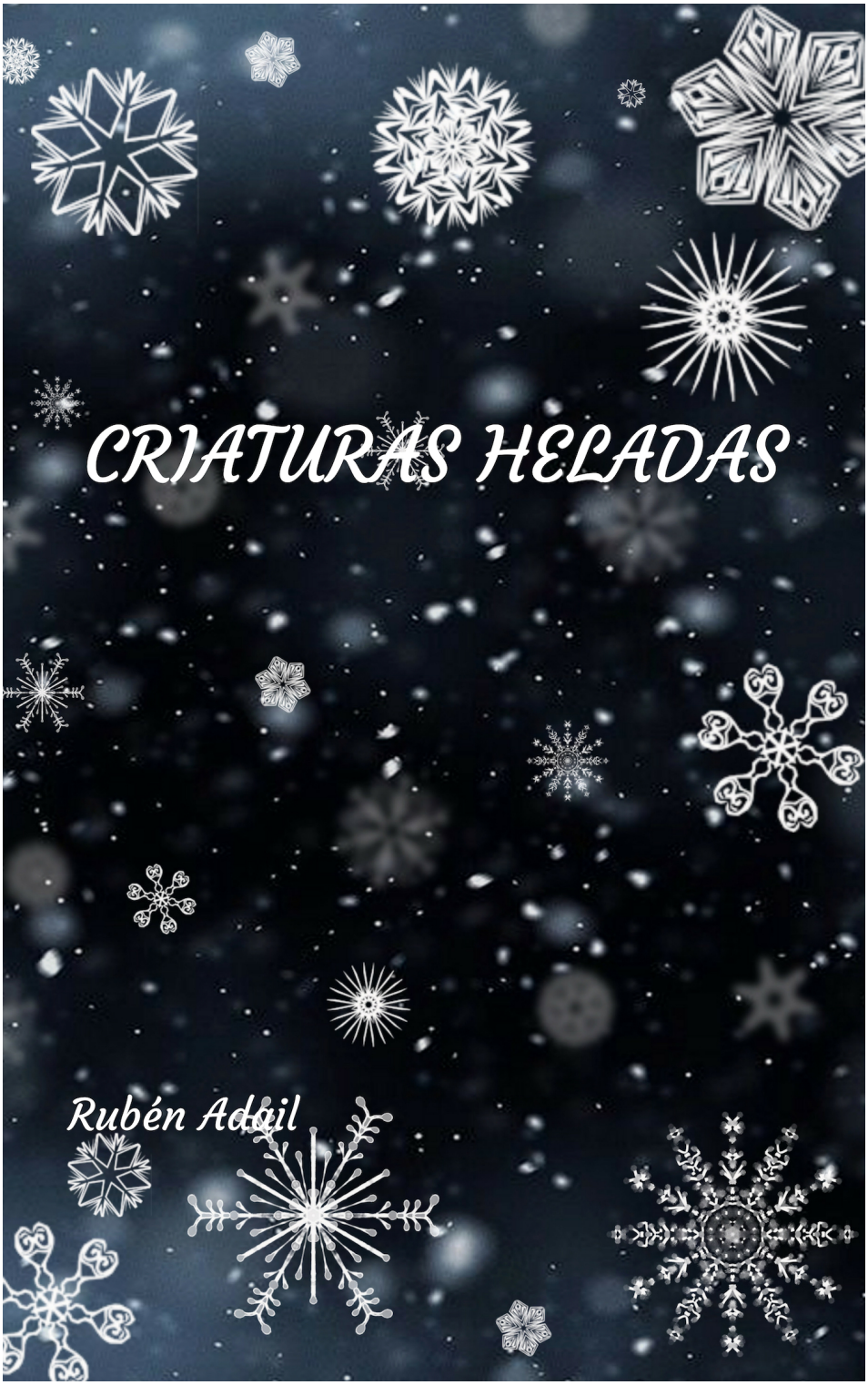
Criaturas Heladas

Rubén Adail



Capítulo 1

CRIATURAS HELADAS

CAPÍTULO I

Bajo el frío cielo de enero me siento abrigado. No soy como los demás, lo sé. No soy como tú. No soy como nadie. Soy una criatura helada. Estoy hecho de hielo y dolor. Estoy hecho del frío acero de las mentiras y mi corazón es un pequeño iceberg a la deriva. No soy nada.

Alguna vez leí que existimos si hay una mente consciente de nosotros.

Ya no la hay.

No existo.

Alguna vez fui alguien, alguna vez existí. El silencio me atrapó y destruyó. Hace ya tiempo que me convertí en indiferencia y mutismo. Hace ya tiempo que dejé de ser. Me pongo el abrigo y salgo a la calle, convencido en que nadie reparará en mi. Me acerco a la cafetería de la esquina y miro a través del cristal por si está allí esperándome. No hay suerte. Sigo mi camino. En los días como hoy, de una inusitada oscuridad, me deleita pasear por el Gran Parque. Está vacío. Aún estando yo, está vacío. Son las doce de la mañana y las luces de las antiguas farolas están aún encendidas. La luz es tenue, diría que casi invita a la melancolía. Por suerte nací en una ciudad que ama las tinieblas.

Paseo hasta el lago y admiro al par de cisnes que en él han encontrado su hogar. Nadan juntos, sin importarle nada. Me recuerdan a mi. Me siento en un viejo banco e intento evocar algunos recuerdos, pero se han quedado algo fríos. Al parecer, ahora que soy una criatura de hielo, tengo la facilidad de convertirlos en ínfimos cubitos de hielo. Ya no son recuerdos, son simples imágenes cubiertas de una finísima capa de escarcha.

Sigo aquí sentado por un rato más. Mis ojos están cerrados con fuerza. Lo intento con todas mis ganas. No puedo. Siento algo. Un roce, una mano. ¿Cómo es posible?

Señor, disculpe — dice una amable voz — ¿Se encuentra usted bien?

¿Cómo puede verme? — digo con una voz notablemente sorprendida.

Conforme abro los ojos me doy cuenta que no soy tan único como yo pensaba. Justo a mi lado se encuentra sentada otra criatura de hielo. Pero

es una versión en miniatura.

Pequeño, ¿qué haces aquí solo?

He venido a ver si encuentro a mi padre. Me ha dicho que estaría por aquí, pero ya me he recorrido el parque dos veces y no lo veo. ¿Cree que estará jugando al escondite?

No sé, hijo, no conozco a tu padre. No sé… — sigo sin salir de mi asombro. Alguien puede verme.

Vale, hasta luego — se levanta y se va dando pequeños saltos.

Lo veo alejarse poco a poco, es bastante lento y va mirando para todos lados. No puede tener más de diez años. Debería levantarme y llevarlo a su casa o quizás debería ayudarle a buscar a su padre. Estará completamente aterrado buscándolo. Pienso lento. El niño está cada vez más lejos y la niebla es cada vez más espesa.

Me levanto rápido y corro. Le grito pero parece que no me oye. ¡Se va a meter en la niebla y lo voy a perder!

¡Mierda!

Comienzo a llamarlo y no hay respuesta. Me agobio. La niebla no me deja ver más allá de un metro. ¿Y si lo ha encontrado su padre? Me quedo algo preocupado y me marcho del parque. No dejo de pensar en el niño ni un solo momento. Vuelvo a casa.

Sábado tarde.

Nada que hacer.

Sofá, unas cuantas películas, una manta y la soledad. Hoy ha sido un gran día.

CAPÍTULO II

Me despierto en mitad de la noche con un pequeño grito ahogado. Estoy helado. Algo me inquieta soberanamente. No puedo verle la cara al niño. Me es imposible explicar cómo es, no sé decir que tipo de cara o de pelo tiene, ni siquiera su altura. Solo sé que es un niño. Ahora caigo, ¿quién va a preguntarme por él si nadie puede verme? Soy nada y nadie. No soy. Pero para él si era. De hecho estaba allí conmigo. Me tocó. ¿Y si hay más gente como yo? Me asomo a la ventana y busco la esquina del parque entre la niebla. No veo nada. ¡Es solo un desconocido! — me digo a mi mismo. Me tumbo de nuevo en el sofá y cierro los ojos. No soy pero me

obsesiono, no soy pero me preocupo. Soy un sinsentido.

Ya es por la mañana y repito mi pequeño ritual. Me acerco a la cafetería de la esquina y miro por si estuviera. De nuevo el día es como la noche. El mundo se ampara en la oscuridad de las nubes. Las farolas están encendidas. Nunca dejan de estarlo. Camino hacia el parque y hoy hay algo diferente, una música rompe la monotonía de mi vida. Al parecer alguien está tocando el violín en la calle y es bastante agradable. Miro hacia todos lados buscando al grácil músico. Ahí está, una joven de pelo rojo y ojos negros está moviendo sus dedos, grácilmente, para deleite de todo aquel que quiera oírla. Me quedo embelesado mirándola y ella me responde con una agradable sonrisa. ¡De nuevo otra criatura helada! Sonrío. ¿Estoy dejando de ser nadie? ¿Soy o no soy?

Soy porque ella me ve.

Ella es consciente de mi.

Ella me hace ser.

Estoy plantado en mitad de la calle y la música ha dejado de sonar. Entro en un profundo estado de autoreconocimiento y me pierdo en él. No hay nada a mi alrededor, todo es blanco. Una mano rompe mi quietud.

¡Disculpe! — dice una tímida voz — ¿Se encuentra usted bien?

Sí, no, no sé… — no sé hablar, solo titubear.

¿Quiere que le ayude? ¿Lo llevo a algún lado? — es la chica de pelo rojo y ojos negros.

¿Cómo puedes verme? — le pregunto sin dar más rodeos.

Al parecer no llevas mucho tiempo así, ¿verdad? — me dice como si hubiera tenido opción.

Un par de años. Llevo así un par de años y esta es la segunda vez que alguien se dirige a mi directamente. Pensaba… yo pensaba que…

¿Pensabas que no serías nunca más? — dice con una sonrisa apagada.

Exacto.

Eres un poco lento, la verdad. Ni todo ni nada es para siempre. Ni siempre somos ni siempre no somos. Es sencillo. Todo está en ti y en tu dolor. Todo está en ti y en como decides afrontar la vida — mete la mano en su bolsillo y me da una tarjeta — este es mi teléfono, cuando lo necesites llámame y te ayudaré. Te ayudaré a entenderte, a comprendernos y a

buscarnos. Ahora me tengo que ir al conservatorio.

No me da tiempo a decir ni gracias. No me da tiempo a preguntarle cómo y porqué. Para cuando reacciono se ha marchado dejando tras de ella una pequeña estela de hielo. Sigo mi camino hacia el parque sin dejar de pensar en ella, sin dejar de pensar en la pequeña conversación que hemos tenido. Ya estoy sentado en mi banco de siempre. No sé cómo he llegado hasta aquí. Quizás tenga que darle las gracias a mi subconsciente. Hoy todo es diferente. Diferente y raro. No están ni los cisnes a los que suelo envidiar. Me da igual, ahora mi fría mente la ocupan el niño y la chica de pelo rojo. Intentaré evocar algún recuerdo, quizás hoy tenga suerte. Cierro los ojos y busco en mis imágenes escarchadas. Con todas mis fuerzas pruebo a romper el hielo que las cubre.

CAPÍTULO III

Una mano helada me rompe la concentración.

Señor, disculpe — de nuevo su voz — ¿Se encuentra usted bien?

¡Pequeño! — digo mientras me grabo su cara en la cabeza — ¿Qué haces aquí otra vez? Te busque ayer por todos sitios, pero te perdiste en la niebla, me asusté mucho. ¿Encontraste a tu padre?

No tuve suerte señor — dice visiblemente afligido —. No apareció por ningún lado y me tuve que ir corriendo antes de que mi madre se diera cuenta que me había ido. Ella tiene una pequeña tienda en la esquina de la Avenida Hobbes.

Vaya, ¿hace cuanto tiempo que no ves a tu padre? — es fácil averiguar que ese cabrón los había abandonado.

Un año, señor. Ayer hizo un año — cada palabra que pronuncia es una capa más de hielo en la que el pequeño se envuelve.

Sé que no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer, pero… no lo busques más — le digo a sabiendas de lo que yo soy y de lo que hago —. ¿Sabes? Hay personas que no merecen ser buscadas. Hay personas que merecen ser olvidadas. Por cierto, ¿cómo te llamas? Mi nombre es Jack.

Se queda en silencio mirando al infinito de las frías aguas del lago. Parece que no soy precisamente bueno dando consejos. ¿Acabo de destrozar, un poco más si cabe, a un pequeño desconocido? Espero que no.

Permanecemos un rato los dos allí sentados. Haciéndonos compañía pero sin querer. Estamos juntos y solos hasta que él rompe el silencio.

Lo veo cada sábado y domingo, ¿sabe? — dice algo avergonzado —. Mientras me paseo por la avenida Hobbes arriba y abajo lo veo acercarse al Café Zuzzette. Nunca entra. Siempre se queda en la esquina de abajo. ¿Le puedo preguntar el porqué?

Yo, bueno… yo… busco a un fantasma — digo finalmente.

Entonces, ¿en qué nos diferenciamos Jack? — ¿será posible que un niño de unos diez años me esté haciendo pensar?

Porque en mi caso, ella no se marchó por su propio pie, lo hizo sin querer. Alguien decidió que ya era su momento. Me la quitaron en mis manos — suspiro un poco aguantando las ganas de gritar —. En tu caso, tu padre decidió irse, a sabiendas del daño que te podría ocasionar. No merece tu dolor, no merece que pienses en él.

Usted ha dado por hecho que mi padre me abandonó, pero no es así. Hace un año, estábamos pasando la mañana aquí jugando cuando, de repente, cayó al suelo — unas preciosas lágrimas de hielo adornaron sus ojos —. Vengo cada fin de semana desde entonces por si acaso aparece. Mi madre dice que no se irá jamás de mi lado, y que permanecerá allí donde más feliz fue. Aquí éramos muy felices…

Lo siento. Siento haberle juzgado sin saber. Lo siento muchísimo.

No pasa nada — dice con media sonrisa y los ojos cargados de lágrimas —. Por cierto, me llamo Edward.

Encantado Edward.

EPÍLOGO

Ahora lo entiendo. El pequeño Edward y la chica de pelo rojo me lo han dejado claro.

Somos bellas criaturas heladas, hijos e hijas del frío dolor. No hemos decidido serlo. El mundo nos ha creado. El mundo nos ha hecho así. Somos bellos. Somos y no somos. Estamos y no estamos. Somos lágrimas de cristal y corazones congelados. Dejamos estelas de hielo al pasar. No es nuestra culpa.

Existimos cuando piensan en nosotros. Dejamos de existir cuando nos olvidan. Pero seguimos ahí, aunque no nos vean; llevando la fría carga del dolor en nuestras espaldas. Somos glaciares a la deriva. No hemos elegido esto. Siempre quise ser feliz, pero no pude. Siempre quise vivir tranquilo, pero no me dejaron.

Somos sensibilidad y paciencia.

Insensibilidad y amargura.

Somos todo y somos nada.

Somos la tristeza.